

Suplemento a la edición N° 28 de PUNTO FINAL. — 1a. quincena de mayo de 1967. — Santiago - Chile.

La Encíclica de Paulo VI: Palabras sin realidad

Por JUAN RIVANO

Laval dijo: ¿No podrían hacer algo por alentar a la religión y a los católicos en Rusia? Eso me ayudaría tanto con el Papa.

¡Oh! —dijo Stalin— ¿El Papa? ¿Cuántas divisiones tiene él...?

(Winston Churchill - Memorias).



otra periodística en "Última Hora" y "PUNTO FINAL".

JUAN RIVANO, autor de este ensayo, es profesor de Lógica en la Escuela de Filosofía del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Nacido en 1926, siguió cursos de Filosofía y Matemáticas, graduándose en 1956. Desde entonces su actividad pedagógica ha sido abundante. Encargado de seminarios de Filosofía desde 1957, profesor de Teoría del Conocimiento y Lógica en la Universidad de Concepción (1957-61), regresó a la U. de Chile en 1960. En los últimos siete años ha editado diversos libros, entre ellos, "Desde la Religión al Humanismo" (1961); "Entre Hegel y Marx" (1962); "Curso de Lógica" (1964); "El punto de vista de la Miseria" (1965); "Contra Sofistas" ((1966) al paso que está por publicarse "Latinoamérica: mitología de exportación" y en preparación "Actividad y enajenación". Ha publicado además ensayos, artículos y cursos en las revistas académicas del país, conjugando esta actividad con

El Pavimento del Infierno

PARA llevar a cabo una acción no es suficiente el impulso a realizarla. Porque uno puede experimentar incluso fuertemente un impulso revolucionario y no salir de su cama; y esta maravilla no es menos increíble que el hecho psicológico y moral de que en muchas personas el impulso a dormir es más fuerte que el de realizar la justicia. Por lo cual se muestra que no hay nada escandaloso en creer en el espíritu revolucionario de una persona y, al tiempo, cuidarse de ella cuando más allá de las frases entramos en el plano de la acción. Y esta actitud mejor se justifica cuando el sujeto del caso, al tiempo que se proclama revolucionario y padre protector del tercer mundo, no suelta dividiendo de las acciones que le corresponden en la explotación internacional. Porque en este caso la prevalencia del impulso codicioso sobre el fraternal se manifiesta en los hechos y no meramente en la disposición.

Pero, tener el impulso (y muchos no tienen más que el nombre del impulso) y tenerlo no con el rechazo o contradicción de los otros impulsos sino consistentemente y con más fuerza, no es todavía suficiente para llevar una acción a cumplimiento. Porque uno puede estar dispuesto a devolver la riqueza a sus creadores y encontrar que está impedido de realizarlo; y la razón es que los miembros restantes de la banda a que uno pertenece no están de acuerdo, sino que lo traban de las manos diciéndole: ¿De dónde te vino, pedazo de poeta, poner en práctica lo que sólo te permitimos realizar en el mundo de las palabras? De modo, entonces, que —si insistimos— el término de nuestra empresa se resolverá en discursos funerarios sobre nuestra tumba, con suspiros y lloros de los miembros restantes de la banda.

Es así, pues, que los otros deben estar de acuerdo con uno, sea porque piensan igual sea porque no les queda más remedio que pensar igual. Pero no se crea que baste con estas condiciones. Porque si uno —por muy Presidente de los Estados Unidos que sea— se propone realizar algo que incumbe y perjudica a otras bandas, la sola diferencia en este caso es que el sepelio va a resultar más solemne. Y esto se prueba de muchas maneras y todos los días; pero, como siempre saben mejor los argumentos frescos, podemos citar a nuestro Presidente, quien declaró en Uruguay que “si pudiera hacer salir del país a 388 mil personas de tendencias derechistas y prohibir que los diarios y radios de oposición lo criticaran, las cosas podrían ser mucho más fáciles”. Y esto quiere decir —dejando sin examinar la ingenuidad de ceñirse a la letra de las declaraciones— que no es lo mismo andar gritando por las paredes que se hará una revolución, y hacerla efectivamente.

Estas condiciones reunidas no son todavía suficientes. Mi impulso a una acción determinada puede ser más fuerte que los impulsos restantes; el grupo social a que pertenez-

co y el mundo social entero pueden no molestar mi inclinación; y sin embargo, puede no haber todavía realizado. Y puede no haberla por estar yo materialmente privado. Así, por ejemplo, mi país se puede transformar, de la noche a la mañana, en el campeón del desarme mundial; su psicología por decirlo así— se presta a esta ocurrencia y los países restantes pueden dejarlo “hacer el loco” entre sonrisas. Hasta un buen negocio puede resultar de ello. Pero, no quiere esto decir que el desarme se produzca; y si llegara a producirse habrá que buscar sus razones en cualquier parte, menos en nuestro país. Porque (ya pasó el tiempo de las tonterías tremendistas) para lograr el desarme es necesario, siquiera, estar tan bien armado como el que más.

Tales, pues, son las condiciones para llevar a término una acción: que haya el impulso a realizarla; que sea este impulso más fuerte que los impulsos contrarios; que aquellos afectados por la acción la reconozcan y acepten; que haya, en manos de quien la ejecuta, la posibilidad material de ejecutarla.

Ahora bien, cuando la acción no se ha ejecutado, aunque nos dicen que se ejecutará, no estamos en situación de decir si la primera condición se cumple; pero podemos detectar las restantes y juzgar partiendo de ellas. Porque alguien puede decir que tiene el impulso revolucionario sin tenerlo; y ello hasta el punto de ser recordado en los anales de algún partido revolucionario como un marxista de corazón, cuando la verdad es que fue un bribón de tomo y lomo durante su vida entera. Pero esta primera condición puede detectarse mediante las otras (que se detectan directa y fácilmente) por la consistencia en que se encuentra con ellas. Sería absurdo, por ejemplo, pretender que hay un impulso revolucionario en un escritor para quien, manifiestamente, están en primer lugar el whisky, los dólares y la megalomanía.

Cuando, pues, no cumpliéndose alguna de estas condiciones viene un señor a decirnos que expropiará a los terratenientes, debemos suponer que estamos ante un torpe que ignora las condiciones de la empresa; o ante un hipócrita que busca ganar tiempo con discursos; o ante un iluso enajenado que se representa la acción a la manera del Génesis, donde basta la voluntad de hacer la luz para que esté hecha. En el primer caso, estamos ante una persona que requiere instrucción; en el segundo caso, no tenemos que hacer más que ponernos en guardia ante un fariseo; en el tercer caso, finalmente, se trata de un misticismo pueril en sí mismo inofensivo, pero sumamente apropiado a la operación del fariseo. Porque teniendo por averiguado este último que hay muchos ingenuos para quienes la voluntad de expropiar la tierra es casi la realidad misma de la expropiación, y sabiendo también que no hay nadie que pueda probar que no hay en el fariseo la voluntad

de expropiar, entonces, basta para él con adobar un discurso lleno de arrestos y vehemencia para tener detrás de sí una legión de soldados adeptos.

Y a todo ello se agrega la opinión de que la intención basta para ser bueno, opinión inconsistente con aquella infinitamente superior en sabiduría expresada en la frase bíblica "por sus frutos los conoceréis". Porque si

se piensa que basta la intención para tener entera la valía moral de una persona, entonces, al fin de cuentas, se está sosteniendo que es mejor quien sepa poner más fuerza en sus palabras y mentir con más arte sobre sus intenciones. Porque las intenciones nadie las ha visto; sólo ve uno las palabras ultrahumanistas de Johnson o los cadáveres de Vietnam...

II

Táctica con Encíclicas

Valga lo anterior como criterio para la tarea que me impongo aquí: examinar la Encíclica del actual Papa, dirigida "a los obispos, a los sacerdotes, a los religiosos, a los fieles y a todos los hombres de buena voluntad" y cuyo asunto se comprende en la frase "desarrollo de los pueblos".

Ciertamente, un hombre puede emocionar a la gente con sus frases cargadas de amor literario; ciertamente, ese hombre gana en importancia con el número de las personas que puede emocionar; ciertamente, los sentimientos son la atmósfera que respira la acción; ciertamente, debemos respetar el intimismo angélico de la religiosidad; ciertamente, la religión es un opio en el siglo XIX; ciertamente, la coexistencia pacífica es la palabra que dicen los capitanes del mundo; ciertamente, vale mucho más un pájaro en la mano que cien volando. Y hay, por el estilo, un montón enorme de proposiciones que son ciertas; porque son objetivas y estratégicas, porque son lógicas y realistas, porque son, en fin, a tal punto serenas y sabias que no hay oportunista que no lleve en el bolsillo su buen par de docenas.

Porque, claro, hay esta especie de manipulación estratégica de los productos papales. Manipulación que —allí donde damos el obvio respingo los que estamos viviendo y pensando en función de la miseria— llega fácilmente al extremo de leernos la cartilla sobre los sentimientos religiosos, sobre el anticlericalismo burgués decimonónico, sobre el marxismo que "sin el cristianismo es como un horizonte sin estrellas", es decir, sobre la importancia que el opio del siglo XIX tiene para la felicidad del siglo XX. Manipulación que en su interpretación más inteligente tendría que ver con la existencia de "cientos de millones de católicos explotados".

Y, obvio, sin pedir uno que le aclaren el sentido de la frase "católico explotado" (es decir, sin entrar a considerar la cuestión de si pueden estos cientos de millones ser católicos sin ser explotados, asunto sencillo de elaborar desde que se conoce el alfabeto marxista) ya puede dejar caer un martillazo harto difícil de esquivar y derecho en la cabeza de los estrategos oficialistas. Porque los cientos de millones de católicos van a proceder de acuerdo con la Encíclica, y no de acuerdo con lo que



PAULO VI Imparte la bendición apostólica en el Vaticano.

los estrategos oficialistas piensen de la Encíclica. De manera que —lógica pura— si la Encíclica es revolucionaria, los cientos de millones de católicos podrán orientarse con nosotros hacia la revolución; pero, si la Encíclica es reaccionaria, héte aquí con cientos de millones de católicos que los estrategos oficialistas han puesto delante de nuestro camino. De donde resulta que hay que estudiar la Encíclica y dejar para después tanto el examen de los juicios acerca de ella como la astucia demasiado simplista de los modernos teóricos de la religión.

Análisis Encíclico de la contradicción mundial

La Iglesia —comienza diciendo la Enciclica— observa con atención “el desarrollo de los pueblos, muy especialmente el de aquellos que se esfuerzan por escapar del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas, de la ignorancia...” Pero nosotros sabemos que no hay ningún desarrollo de los pueblos miserables y que donde lo hay no es más que un nombre eufemístico para las nuevas técnicas de la apropiación y la penetración imperialistas. Colocación de las partidas en dólares calculada al milímetro tanto en la aplicación como en el rendimiento, partidas que se convierten previamente en productos de la metrópoli, apropiación de la capacidad de trabajo en modo cada vez más concertado y diversificado, explotación y exportación planificada del rendimiento científico, intelectual y artístico, ampliación imperialista de los mercados, instalación de armaduras con abaratamiento de los costos por la explotación de trabajo calificado, inducción inorgánica de mercados, operación chatarra en todos los planos: chatarra militar, chatarra técnica, chatarra instrumental, chatarra pedagógica, sociológica, filosófica, penetración de nuestras instituciones y escisión de su organicidad por el manejo espúreo y extranjero, imposición cada vez más sensible de todo un aparato cultural que induce el arribismo y remacha y solidifica las contradicciones, prostitución pública del espíritu entero de los pueblos, hé ahí un muestrario de la realidad mundial que personas de palabra fácil nombran desarrollo, y que la Iglesia observa con atención. Porque hay que poner atención, no al desarrollo inexistente de que habla la Enciclica, sino a este importante nuevo capítulo que comienza en la historia terminológica de los explotadores: el capítulo que sigue a la fraseología poco rentable y hasta peligrosa del subdesarrollo, el capítulo del *statu quo*.

La Enciclica pasa a considerar los “datos del problema”: **primero**, las aspiraciones en el nivel de la miseria; se trata, casi de un asunto que habría que resolver por mera rutina higiénica o, si se quiere poner un poco de salsa humanista, en el plano archimanoseado de la caridad. Por lo demás, esta fraseología piadosa y vergonzante es uno de los ingredientes fundamentales de la Enciclica. Tómese una muestra:

“Verse libres de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable; participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden la dignidad del hombre; ser más instruidos; en una palabra, hacer, conocer y tener más para ser más, tal es la aspiración de los hombres de hoy...”

Parece que los hombres de ayer no tenían tales aspiraciones. Parece, también, que las aspiraciones de hoy no guardan relación con una eventual revolución socialista. Parece finalmente, que todo podría resolverse con unos cobres deducidos del reparto imperialista. Hé aquí un excelente diagnóstico. Hé aquí, para tranquilidad de los tiburones del mundo, un “dato del problema”.

Segundo: el aparato material levantado por el colonialismo en el tercer mundo —en los años gloriosos de Gunga Din y el Enigma de Oriente— puede ser empleado por el... desarrollo. Este “dato del problema”, claro está, se reduce a cero cuando se comparan el aparato material del tercer mundo con el nivel alcanzado en las áreas desarrolladas. Esto es claro hasta para un ciego: la capacidad científica, técnica e industrial del mundo desarrollado supera a tal punto al tercer mundo que bastaría ello para darse cuenta que el desarrollo del subdesarrollo no es más que una ficción imperialista y que, en términos de puro progreso industrial, de imposición pacífica del socialismo, la idea de una nivelación material del mundo es tan realizable como la idea de un metro que mida dos metros.

Tercero: Por lo demás, hasta el Papa sabe ver en esta situación con más inteligencia describiéndola como un mecanismo que abandonado a su operación propia “conduce al mundo hacia una agravación, y no una atenuación, en la disparidad de los niveles de vida; los pueblos ricos gozan de un rápido crecimiento, mientras que los pobres se desarrollan lentamente”. Es decir, la Enciclica roza aquí uno de los cuernos del toro. Porque éste, sí, es un “dato del problema”, un mecanismo que se mueve solo, que no parece posible controlar por la mera voluntad de controlarlo y que tiene la interesante cualidad de producir cada vez una cantidad mayor de miseria, una fisura más espantable de los dos mundos y una situación revolucionaria más explosiva. Es, entonces, en torno a condiciones de desequilibrio como ésta que, en orden a juzgar con seriedad, debemos pedir un pronunciamiento y una política, y no sobre el valor de la persona humana, su dignidad, su libertad, su desarrollo pleno e integral y otros pasteles parecidos. Veremos y examinaremos más adelante la especie de soluciones que propone la Enciclica.

Cuarto: Hay aquí un pase de marxismo: la toma de conciencia de los explotados adquiere las dimensiones del mundo. Si no hubiera esta toma de conciencia (el argumento lo implica) los “datos del problema” no serían los mismos y la explotación imperialista podría seguir viento en popa. Nada más cierto. Pero,



NIKOLAI PODGORNI, Presidente de la URSS, visitó al Papa Paulo VI durante su viaje a Italia, en un esfuerzo para aumentar la presión mundial contra la guerra en Vietnam.

hay esta toma de conciencia; las corrientes poderosas del marxismo se apropian cada vez más la configuración histórica de nuestro mundo presente. Y en la cabeza perpleja de los explotadores golpea como un martillo la pregunta: ¿Qué hacer, qué hacer?

"Mientras que en algunas regiones una oligarquía goza de una civilización refinada, el resto de la población, pobre y dispersa, está privada de casi todas las posibilidades de iniciativa personal y de responsabilidad, y aún muchas veces incluso viviendo en condiciones de vida y de trabajo indignas de la persona humana".

Además (podemos agregar por nuestra cuenta) la conciencia de esta situación ha alcanzado un punto que va más allá, mucho más allá de este diagnóstico melodramático. Ya entramos francamente en los tiempos en que nadie, nadie, deja de percibir que en términos de régimen capitalista no hay posible solución; ya entramos en los tiempos en que cada obrero, cada trabajador, conoce al detalle la máquina de contradicciones del capitalismo. ¿Qué hacer, pues, qué hacer? No es difícil percibir entre las líneas de la Encíclica una dosis no despreciable de desesperación. Se pretende salir de dificultades frenando una máquina que se mueve sola y que no reconoce conductor; se pretende cambiar los colores siniestros del cuadro aclarándolo con caridad, indignación y toda la gama del humanitarismo. Un juego viejo, archirepasado,

desprestigiado y sin efecto. Los miles de millones que cubren los continentes del tercer mundo cierran filas, ahitos ya de lucidez. Sube un rumor formidable y los explotadores, perplejos en el miedo, repasan al buen tuntún las viejas cartas del naípe sucio que jugaron por siglos. ¿Qué hacer, qué hacer?

Por lo demás, la misma Encíclica de Paulo VI llega al extremo de encajar esta desesperación entre los "datos del problema". Es el punto donde aparece desnuda la verdad. Si no hubiera la conciencia popular de esta diferencia cada vez mayor en los niveles de vida, si no hubiera esta inteligencia dinámica de los trabajadores, suscitada hasta la totalización por sus líderes y sus intelectuales, no habría Encíclica. Eso está claro. Entonces, nadie podrá desviarse del blanco, que está al término del diagnóstico papal:

"En este desarrollo la tentación se hace tan violenta, que amenaza arrastrar hacia los mesianismos prometedores, pero forjadores de ilusiones. ¿Quién no ve los peligros que hay en ello, de reacciones populares violentas, de agitaciones insurreccionales y de deslizamientos hacia las ideologías totalitarias? Estos son los datos del problema, cuya gravedad no puede escapar a nadie".

Tal es el cuadro que traza la Encíclica: Desarrollo versus subdesarrollo; desequilibrio creciente en la distribución de la riqueza a través de dicha oposición; "toma de conciencia de las clases trabajadoras" (es decir, conciencia revolucionaria cada vez más lúcida y explícita); peligro de "deslizamientos hacia las ideologías totalitarias" (es decir, peligro de revolución). El cuadro, a la verdad, viene parco en detalles: habría cosas importantes que agregar; pero podemos aceptarlo como viene, porque es adecuado para formarse un juicio sobre la posición del Vaticano en el terreno de la historia que efectivamente estamos viviendo.

IV

Culturalismo Ideológico

Hay dos corrientes de doctrina en el capítulo segundo de la Encíclica que importa fijar en primer lugar. El resto del capítulo está integrado por un catálogo muy hermoso de ideales y deberes a tal punto espirituales que si el lector estornuda desaparecen.

La primera doctrina pretende dar status de cosa intangible y valiosa a las instituciones y costumbres de los diferentes pueblos. Es un pase obvio de enajenación. Los misioneros de la Iglesia Católica practicaban este cuidado de la cultura indígena. "Sin duda alguna su labor, por lo mismo que era humana, no fue perfecta y algunos pudieron mezclar algunas veces no pocos modos de pensar y de vivir de su país de origen con el anuncio del auténtico

mensaje evangélico. Pero supieron también cultivar y promover las instituciones locales... Basta recordar el ejemplo del P. Carlos Foucauld, a quien se juzgó digno de ser llamado, por su caridad, el "hermano universal" y que compiló un precioso diccionario de lengua tuareg..."

Es una doctrina que se adelanta con vacilación. Pero no cabe duda de la importancia ideológica que tiene esta ocurrencia, importancia que no escapa a la Encíclica. Porque, para poner ejemplos, en nuestro país se han gastado buenos años de trabajo intelectual investigando la cueca, lo que había en la cabeza de Carrera cuando sitiaron a O'Higgins en Rancagua o el número de amantes de la Quintrala. Y nos parece evidente que con tal afán, bien poco puede importarle a nuestros "investigadores" que exploten su país mientras no les toquen la cultura, expresión auténtica del pueblo, etc.

Sobre esta doctrina es más decidida la Encíclica hacia el término de su primera parte:

"Rico o pobre, cada país posee una civilización recibida de sus mayores: instituciones exigidas por la vida terrena y manifestaciones superiores —artísticas, intelectuales y religiosas— de la vida del espíritu. Mientras que estas contengan verdaderos valores humanos, sería un grave error sacrificarlas a aquellas otras. Un pueblo que lo permitiera perdería con ello lo mejor de sí mismo y sacrificaría, para vivir, sus razones de vivir".

Así, pues, vale la réplica que pusimos arriba. Hemos recibidos, aunque pobres una civilización de nuestros mayores; y bien poco ganaremos diciendo que no es cierto, porque la Encíclica lo afirma. Entonces es verdadero: hemos recibido una civilización de nuestros mayores. Y debemos, también, conservar celosamente estos tesoros invisibles que son nuestra razón de vivir. No debemos aceptar que el materialismo del mundo amenace nuestro Tabernáculo Espiritual; debemos conservar nuestro estilo de vida y nuestras formas culturales y no incurrir, digamos, en esa ca-

rrera loca y utilitarista de un mundo enajenado en el standard; las máquinas para los maquinistas, las industrias para los industriales, los capitales para los capitalistas. Sería una estupidez que un pueblo tan idílico —donde las mujeres son tan hermosas, donde el vino es tan bueno, donde los cacharros están empapados de espontaneidad, donde el huachuchero canta y ronca sin que lo molesten, donde en fin hay tal cantidad de cultura que a usted le basta mirar una calle para caer extasiado y correr a vacunarse— sacrificara toda esta inocencia y plétora espiritual a valores materiales más que dudosos. Si usted mete un frigidaire en su casa, está usted, sin saberlo, quebrando el paisaje interior y condenando a muerte las formas de vida, los valores espirituales y las razones de vivir. Así, pues, ande usted con cuidado con ese frigidaire. Deje que los americanos masquen su chicle, beban su whisky y levanten esa bestia furiosa e insaciable que es la industria. Déjelos, usted, hervir en su furor y venga conmigo a esta institución latinoamericana que es la siesta. ¡No saben estos americanos lo que se pierden! Y después de la siesta nos vamos a una peña folklórica repleta de valores culturales, echamos su traguito, bailamos una cueca y (me perdona, usted) después me retiro porque estoy escribiendo una novela que presentaré a un concurso organizado por el monopolio de los porotos. ¡Ah, estos cochinos capitalistas! ¡Vea usted lo que es la casualidad! Sin darse cuenta contribuyen a conservar el espíritu en este país. Porque, sepa usted sólo somos materialmente subdesarrollados. Moralmente somos superiores. Esto, precisamente es lo que saca de quicio a los norteamericanos y los atiborra de inferioridad. Porque, todo el punto con ellos y con los materialistas del universo mundo, es que para vivir han sacrificado sus razones de vivir.

Hé ahí, pues, una doctrina de la Encíclica para contener el avance revolucionario, o sea (¡no hay nada que hacer con las frases!) para suscitar el desarrollo de los pueblos: la exaltación de la cultura de los pueblos, sus formas de vida, "su estilo espiritual" con vistas (¿sabe usted?) a dividirlos, aislarlos, entretenerlos, reducir la totalización revolucionaria y dispersarla.

V

El hombre: Un drama privado

La segunda doctrina sale del ámbito romántico y spengleriano para recolectar los dividendos siempre formidables del individualismo occidental. El mito del individuo y sus valores, se puede decir, está montado en las células mismas del cerebro de un mundo arribista, oportunista y selvático. No aprovechar maquinaria con tales posibilidades y vigencia sería como dejar botada la patente Ford. Además, la vieja ideología individualista calza perfectamente con los hábitos católicos donde no hay más cuentas de los actos de uno que en el confesionario y bajo secreto, donde en última instancia la relación moral

fundamental es un comportamiento entre la creatura y su creador.

Y no porque nos digan los izquierdistas nueva ola que debemos dejarnos de las tonterías racionalistas del siglo XVIII o la ingenuidad progresista y utopista del XIX, no por ello vamos a concluir que las doctrinas de la Encíclica son paja molida, que no tienen destino, que la medida en que se las examina es la medida en que se pierde el tiempo, que uno se desprestigia con ello, que estas cosas están superadas.

Porque pongámonos de acuerdo: los mismos señores que nos exigen modernidad en el enfoque ideológico de la religión son los que nos cuentan que hay cientos de millones de católicos. Entonces el punto es simple: tenemos que manipular la "vieja crítica" en la medida en que los jesuitas modernos se muevan y atacan con armas viejas. Por lo demás, la crítica no es vieja y superada, porque un señor que no conocen ni en su casa venga a decirnos que lo es o porque dos o tres ratones teóricos están en condiciones de recitar un discurso donde están enhebrados el "diálogo" el "encuentro" y el "amor". Lo que cuenta no es la mera superación teórica de los mitos; lo que cuenta es empujar las ideas sobre la acción. Y el valor de una idea revolucionaria se mide por la cantidad de libertad que induce en la acción. A este respecto, la Encíclica está diciendo a gritos a los críticos modernos de la religión que la "vieja crítica" está en la orden del día:

"En los designios de Dios, cada hombre está llamado a desarrollarse, porque toda vida es una vocación. Desde su nacimiento, ha sido dado a todos, como el germen en un conjunto de aptitudes y de cualidades para hacerlas fructificar; su floración, fruto de la educación recibida en el ambiente y del esfuerzo personal, permitirá a cada uno orientarse hacia el destino, que le ha sido propuesto por el Creador. Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación. Ayudado y a veces estorbado por los que lo educan y lo rodean, cada uno permanece siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, el artífice principal de su éxito o de su fracaso; por solo el esfuerzo de su inteligencia y de su voluntad, cada hombre puede crecer en humanidad, valer más, ser más".

¿Qué tienen que decir ante este párrafo los críticos nueva ola? El hombre, pues, llega al mundo como un germen lleno de aptitudes y cualidades y con un destino. Se supone que los que nacen en nuestro campo feudal llegan con aptitudes y cualidades de sirvo de la gleba; se supone que el destino de uno se cumple por mucho que caiga en el lote anual de la mortalidad infantil; se supone que la inteligencia y la libertad son el equipo universal de todos los hombres y que uno es muy inteligente y libre aunque, por esas cosas que ocurren, la madre de uno haya tenido que parirlo en la calle, antes de tiempo y después de haberse agitado junto a la batea para tener pan para los hermanos mayores, también dotados de inteligencia y libertad. Se supone (por otro lado, ay, por otro lado) que si usted ataca esta manera hipócrita de hacer sonar enormes mentiras, entonces, ha retrocedido usted a un punto hace tiempo superado; y que usted es un pobre hombre sin habilidad estratégica, porque no repara en los cientos de millones de católicos explotados. Porque —así argumentarán— ¿piensa usted por ventura que en la Encíclica del Papa se está manipulando seriamente la doctrina individualista? ¿Ló piensa usted? ¡Ah, querido amigo, usted tiene pensamientos muy arcaicos! ¡Renúevase, deje esos cascarones del siglo pasado! Déle usted un vistazo menos ultraiz-

quierdista, menos dogmático al Papa y le encontrará muchas cosas positivas. ¿Qué el párrafo anterior sobre la libertad y el destino le produce náuseas? Bueno, ¡qué quiere usted! Al fin de cuentas se trata de la Iglesia; es un buque muy grande y se necesitan hasta sus cuatro Papas para torcerle la nariz.

Así, pues, pasan flotas atiborradas de ideología amparada por el fuego granizado de la coexistencia pacífica. Y no se dirá que el culturalismo romántico y el individualismo liberal sean doctrinas inconciliables, porque las cosas inconciliables no lo son de una manera absoluta; y esta es una fección que todos nos sabemos de memoria. Además, tanto el culturalismo como el individualismo no tienen más función al presente que desempeñarse como mero bombo ideológico; y la economía y el mundo de los explotados han sido penetrados por la apropiación capitalista a tal punto que las cartas más dispares de la ideología se pueden combinar con suma arbitrariedad y con rendimiento calculado de antemano y al milímetro. En este caso ¿qué duda cabe? La enajenación en la dispersión producida por la célebre doctrina de las culturas y sus valores imponderables, la "operación-folklore" en que matan su tiempo las élites latinoamericanas se complementa y refuerza con el individualismo titánico, autárquico y hasta trágico que manipula la Encíclica. Es un pase de segregación doble: separar los pueblos del tercer mundo de una totalización explosiva, tanto en términos de una comparación vergonzante con el área del desarrollo como en términos de una estrategia revolucionaria coordinada; separar, también, a los hombres entre sí por la esencial incomunicación o indiferencia en que la Encíclica los encaja. Al fin de cuentas —así dice el individuo de la Encíclica— nada hay que me obligue más que realizar mi destino y orientarme hacia Dios. Y, a este respecto, sean cuales sean los influjos que sobre mí se ejerzan "por sólo el esfuerzo de mi inteligencia y de mi voluntad, podré crecer en humanidad, valer más, ser más". He ahí, entonces, las maneras novísimas del humanismo vaticano; basta abrir los ojos para verlas.

VI

Deberes a granel

Hay también un punto de estilo, importante, en el documento que examinamos. Por lo demás, es la forma como se manifiesta el fariseísmo de toda ideología y que, formalmente, se expresa en la manera decalógica que adoptan los programas de acción de esta naturaleza. El lector encontrará aquí un terreno donde aplicar los principios que pusimos al comienzo. Es una operación que tiene muchas entradas y que funciona a maravillas en la atmósfera del prejuicio o la complicidad. Impedida de alcanzar la realidad, sea por privación sea por mera inhibición, la Encíclica nos echa un discurso lleno de deberes.

ES UN TAL
CARLOS MARX
Y DICE QUE TRAE
UN ASUNTO DE
DERECHOS DE
AUTOR...



ENCICLICA
POPULORUM
PROGRESSIO
1967

“...la creatura espiritual está obligada a orientar espontáneamente su vida hacia Dios, verdad primera y bien soberano. Resulta así que el crecimiento humano constituye como un resumen de nuestros deberes.

“...Herederos de generaciones pasadas y beneficiándonos del trabajo de nuestros contemporáneos, estamos obligados para con todos y no podemos desinteresarnos de los que vendrán a aumentar todavía más el círculo de la familia. La solidaridad universal, que es un hecho (?) y un beneficio para todos (?), es también un deber.

“...Todos los demás derechos, sean los que sean, comprendidos en ellos los de propiedad y comercio libre, a ello están subordinados; no deben estorbar, antes al contrario, facilitar su realización (la de que todo sea para todos), y es un deber social hacerlos volver a su finalidad primera.

“El desarrollo integral del hombre no puede darse sin el desarrollo solidario de la humanidad. Nós lo decíamos en Bombay: El hombre debe encontrar al hombre, las naciones deben encontrarse entre sí como hermanos y hermanas, como hijos de Dios. En esta comprensión y amistad mutuas, en esta comunión sagrada, debemos igualmente comenzar a actuar a una para edificar el porvenir común de la humanidad”.

Hé ahí, entonces todo un muestrario de deberes: debemos servir a quienes nos sirven, debemos ir a la solidaridad universal, debemos repartir todo con todos, el hombre debe encontrar al hombre, las naciones deben encontrarse entre sí, debemos edificar el porvenir común de la humanidad. Es decir, una secuencia estéril de tautologías.

Los deberes son flores que brotan en la antesala de la acción; suelen ser de una apariencia tanto más exuberante cuanto menos tienen el destino de dar frutos. Y muchas veces ocurre que viendo usted que cuelgan de las paredes muchos deberes a cumplir cree estar en la antesala de la acción, cuando la verdad es que lo están tramitando a usted con los deberes. Incluso, al ver usted tal cúmulo de deberes, piensa que se está actuando ya, siquiera interiormente; porque si una persona hace ruido con deberes uno se inclina a suponer que dice cosas verdaderas y que de algún modo las va realizando mientras las dice. Pero, si enderezamos las orejas y atendemos a la posibilidad de poner por obra lo dicho con palabras, si buscamos dónde está el agente llamado a cumplir los deberes, si tratamos de hacernos (como diría el habilidoso Ignacio de Loyola) una figuración sensible de estos actos tan ruidosamente exigidos, entonces, veremos que vienen por el suelo todo el aparato y toda la vehemencia. Esto puede percibirse mejor en los pasajes siguientes de la Encíclica, donde la solemnidad vacía del deber ser alcanza los límites de lo sublime:

“Sugeriríamos también la búsqueda de medios concretos y prácticos de organización y cooperación para poner en común los recursos disponibles y realizar así una verdadera comunión entre todas las naciones.

“Este deber concierne en primer lugar a los más favorecidos.

“Sus obligaciones tienen sus raíces en la fraternidad humana y sobrenatural y se presentan bajo un triple aspecto: deber de solidaridad, en la ayuda que las naciones ricas deben aportar a los países en vías de desarrollo; deber de justicia social, enderezando las relaciones comerciales defectuosas entre los pueblos fuertes y débiles; deber de caridad universal, por la promoción de un mundo más humano para todos, en donde todos tengan que dar y recibir, sin que el progreso de los unos sea un obstáculo para el desarrollo de los otros.

“...Ante la creciente indigencia de los países subdesarrollados, se debe considerar como normal el que un país desarrollado consagre una parte de su producción a satisfacer las necesidades de aquéllos; igualmente normal que forme educadores, ingenieros, técnicos, sabios que pongan su ciencia y su competencia al servicio de ellos.

“Hay que decirlo una vez más: lo superfluo de los países ricos debe servir a los países pobres... Los ricos, por otra parte, serán los primeros beneficiados con ello. Si no, su prolongada avaricia no hará más que suscitar el juicio de Dios y la cólera de los pobres, con imprevisibles consecuencias...”

Más claro no puede quedar: La pura fraseología de los deberes aparece aquí en el pináculo de su contraste con la realidad; tanto que incluso el más beato de los “cientos de millones de católicos explotados” experimentará leyendo esos pasajes que le están tomando el pelo a tambor batiente. Porque, hay que observarlo, el Papa se pasó de la raya del deber ser. Atendiendo a lo que dice su Encíclica, resulta que los recursos disponibles del mundo están punto menos que en una bodega, a un paso de las decisiones sobre los procedimientos concretos para su distribución; resulta que, establecidos los expedientes para “poner en común los recursos disponibles”, no tenemos más que ir a buscarlos. Resultaría irritante si no fuera que antes revienta uno de risa. Uno puede imaginar igualmente que los países ricos —al tener noticia por la Encíclica de estos imperativos categóricos que no habían podido descubrir y que ahora, gracias al celo vaticano, llegan a series formulados explícitamente— van a reventar de manera parecida. “Lo superfluo de los países ricos debe servir a los países pobres”, Pero, lo superfluo, fácil de definir, es de difícil existencia. ¿Querrá significar la Encíclica con lo superfluo la diferencia bruta entre desarrollo y subdesarrollo? Eso sería —para decirlo eufemísticamente— un desatino. ¿Querrá significar, por el contrario, lo que sobra una vez satisfecha la demanda de standard en los países ricos? Pero, es que en tal caso no sobra nada. Todo al contrario, los países ricos van a gritar: ¡Más, más, nos falta mucho! Querrá, entonces, la Encíclica vaticana significar con lo superfluo las migas del festín? ¿Será eso? ¿Será eso? Pero ni siquiera eso puede usted entrarlo en existencia; porque, si nos remite pantalones viejos, zapatos viejos, autos viejos, la metrópoli tiene el problema de los industriales que desmoviliza

en el tercer mundo, al secar sus mercados, atrayéndolos hacia la competencia abierta con ella. Pero, en fin, quite o ponga sus frases normativas, la Encíclica no va a lograr por mucho ruido imperativo que haga, mover un alfiler. Uno no necesita sacar fotografías intimistas para tener por seguro que los bandideros del mercado mundial se van a sentar sobre el juicio de Dios. No hay más que un apoyo de fuerza efectiva para el rosario decalógico del Papa: la "cólera de los pobres" y sus "imprevisibles consecuencias". Y esta palanca de eficacia verdadera no va a lograr

un cambio del mundo porque alguien vaya diciendo por allí que la palanca existe y que está pronta a la acción. Porque de esta forma de eficacia no se tienen ejemplos; y es manifiestamente contraria a todas las reglas de la apropiación. La cólera de los pobres va a revolucionar el mundo, no mediante discursos llenos de cuco y echados a volar por los parlantes del mundo, sino pasando del ánimo colérico a la acción revolucionaria. Sin esta violencia, la cólera no tiene más forma de realización que morder con furia el mendrugo que le dan de limosna.

VII

Es posible hacer mucho: Alfabetizar, controlar los nacimientos y coexistir

Entramos, finalmente, en terreno menos literario. Porque la Encíclica está construida con materiales de valor diferente y cuyo empleo es también diferente. En ella hay que separar, por ejemplo, lo que se puede hacer de lo en modo alguno factible. El criterio para averiguar lo realizable se forma conjugando estas dos condiciones: Que resulte barato y que se preste a la consolidación del statu quo. No hay que hacer cursos superiores para descubrir bajo la magnitud del documento vaticano la aplicación exclusiva de aquellos criterios. Por ejemplo ¿hay cosa más barata y mejor asociada con las imágenes del misionero y el campeón del humanismo que la alfabetización? Cuando uno habla de la educación y de otros pasteles parecidos puede desplegar todos los matices del diccionario fraseológico:

"Se puede también afirmar que el progreso económico depende en primer lugar del progreso social, por eso la educación básica es el primer objetivo de un plan de desarrollo. Efectivamente el hambre de instrucción no es menos deprimente que el hambre de alimentos; un analfabeto es un espíritu subalimentado. Saber leer y escribir, adquirir una formación profesional, es recobrar la confianza en sí mismo y descubrir que se puede progresar al mismo tiempo que los demás".

Vea usted cómo podemos andar a la carrera. En primer lugar, no es cierto que el progreso económico dependa del progreso social; es justo al revés, por la mera aplicación del principio de que nada se crea a partir de la nada. ¿De dónde va a sacar usted progreso social si no tiene como condición suya el progreso económico? ¿Se dirá que soy un simplista del siglo XVIII, que no percibo la reciprocidad de estas cosas, a saber, progreso social y progreso económico? Respuesta: Tampoco la percibe el Papa. Segunda respuesta: Hablen tan sutilmente como quieran de la reciprocidad entre lo social y lo económico, pero yo digo que si no hay progreso económico no hay progreso social, mientras que si no hay progreso social no por ello no hay progreso económico. Y si quieren un ejemplo, vean el caso de la Alemania nazi que

progresaba económicamente para devolver el mundo a la barbarie.

Tampoco es cierto que "la educación básica sea el primer objetivo de un plan de desarrollo". Ninguna de las grandes potencias se ha desarrollado con educación básica. Cuando, en 1957, los rusos lanzaron su primer sputnik, los americanos se apresuraron a echar el pedagogismo al cesto de la basura. O, si se prefiere, lo relegaron al "continente del humanismo": Latinoamérica. Porque no nos vamos a ver la suerte entre gitanos: la educación básica, así como se desarrolla entre nosotros, no es más que un gambito para suscitar la peor especie de arribismo cultural o meramente un pase de enajenación espiritual. Para averiguar la relación entre educación básica y desarrollo no tiene uno más que darse una vuelta por los colegios regionales, atiborrados de pedagogismo humanizante, o visitar nuestras escuelas normales, repletas hasta reventar de los futuros muertos de hambre del país, o rebajarse a entrar en nuestras facultades humanísticas, sin salas donde atender a los alumnos, sin presupuesto para las nuevas legiones de profesores que debemos inventar para que un montón de imbéciles puedan aumentar las cifras de su fama, sin pizarra para anotar los deberes, sin ampollitas para iluminar las salas, sin estufas para los alumnos subalimentados, sin papel para rendir las pruebas, sin sillas suficientes donde sentarse.

Así, pues, la educación básica como primer capítulo de "una gran cruzada del desarrollo" parece no ser más que pura astucia. Nada mejor para juzgar sobre esto que la analogía grotesca de la Encíclica: "el hambre de instrucción no es menos deprimente que el hambre de alimentos: un analfabeto es un espíritu subalimentado". Porque esto ocurre con las analogías: que nos encanta la simetría que traen y la relación que parecen introducir entre fenómenos de distinto orden. Pero, atendamos con seriedad: no es verdadero que el hambre de instrucción no sea menos deprimente que el hambre de alimentos; la verdad está delante de los ojos para quien no los cierre: el hambre de alimentos es mucho

más deprimente que el hambre de instrucción. Esa es la verdad.

Podemos embarcarnos también en otra gran cruzada que llenará el mundo de actividad y probará con su enorme bulto que estamos en pleno desarrollo: el control de la natalidad. Es un punto difícil de manipular para un católico. Sin embargo, ¿qué duda cabe sobre su conveniencia? Su costo no es elevado, se presta al empleo de innumerables ejércitos humanitarios, elimina "muchedumbres improductivas" y reduce la presión revolucionaria del tercer mundo. La tentación es grande:

"Es cierto que muchas veces un crecimiento demográfico acelerado añade sus dificultades a los problemas del desarrollo; el volumen de la población crece con más rapidez que los recursos disponibles y nos encontramos aparentemente encerrados en un callejón sin salida. Es, pues, grande la tentación de frenar el crecimiento demográfico con medidas radicales. Es cierto que los poderes públicos, dentro de los límites de su competencia, pueden intervenir, llevando a cabo una información apropiada y adoptando las medidas convenientes, con tal de que estén de acuerdo con las exigencias de la ley moral y respeten la justa libertad de los esposos. Sin derecho inalienable al matrimonio y a la libertad de procreación no hay dignidad humana. Al fin y al cabo es a los padres a los que les toca decidir, con pleno conocimiento de causa, el número de sus hijos, aceptando sus responsabilidades ante Dios, ante ellos mismos, ante los hijos que ya han traído al mundo y ante la comunidad a la que pertenecen..."

Se tiene a la vista, en este pasaje, una contradicción entre el catolicismo y la dinámica catastrófica del mundo actual. Párrafos como el anterior recuerdan las escenas de **El Vicario**. No es difícil hacerse una representación del pasaje anterior como una caricaturesca unidad de contrarios. La tentación es grande, porque el peligro es grande; a través de la explosión demográfica el mundo aparece como una bomba que va armándose sola; las generaciones crecen y se multiplican; el agro feudal del tercer mundo lanza oleadas sucesivas sobre los centros urbanos; la oferta de mano de trabajo crece por todas partes; la explotación neocolonialista de la capacidad industrial en las áreas subdesarrolladas tiene límites obvios; las generaciones de las áreas miserables crecen y se multiplican; el proceso de erosión hacia la ciudad inducido por el agro feudal sigue adelante sin límites; entramos en la fase de totalización imperialista que implica su propio marco de hierro... ¿No cabe duda! En términos del status del mundo la bomba tiene que explotar. Y es una enorme ironía de la historia que tenga que explotar de cualquier manera, contra toda planificación de los fariseos modernos, contra toda la poesía reformista.

Así, pues, ¿cómo no ha de ser grande la tentación? No es necesaria una lente de aumento para leer como por partículas el pasaje anterior. Uno puede imaginar el soliloquio de su redactor: La explosión demográfica es la sola amenaza una vez establecido el *statu quo*. Pero, ¿cómo hacer para impedir la procreación sin herir de muerte los principios más esenciales de la ideología católica? No queda otra salida que endosar el problema a "los poderes públicos". Es posible decirlo

todo y claramente siempre que no seá tocada la norma secular. El derecho al matrimonio y a la procreación son inalienables. Este extremo dramático de la Encíclica debe haber sacado de sus casillas a millares de planificadores.

Barata es también la coexistencia, y mucho más que barata... Además se trata de una actitud inmediata al *statu quo*. Suponemos que el párrafo no requiere comentarios, pero es bueno destacarlo. Porque, por el ruido que se oye, parece que la información sobre la Encíclica es bastante defectuosa. El Papa parece dispuesto a coexistir; lo que no quita tilde a la esgrima terminológica característica del Vaticano.

"Toda acción social implica una doctrina. El cristiano no puede admitir la que supone una filosofía materialista y atea, que no respeta ni la orientación de la vida hacia su fin último, ni la libertad ni la dignidad humanas. Pero con tal de que estos valores queden a salvo, un pluralismo de las organizaciones profesionales y sindicales es admisible, desde un cierto punto de vista es útil, si protege la libertad y provoca la emulación. Por eso rendimos un homenaje cordial a todos los que trabajan en el servicio desinteresado de sus hermanos".

No se trata ya de que el marxismo sea efectivamente una filosofía materialista y atea. Hay que notar la importante diferencia que trae este pasaje: si el cristiano no puede admitir el marxismo es porque el cristiano supone que se trata de una doctrina materialista y atea. Ahora, claro, si el marxismo prueba al cristiano que no debe suponer esas cosas, entonces, no habrá problema para el cristiano en admitir el marxismo. Pío XI era mucho más categórico. Se apoyaba, para ello, en supuestos hechos. Pero, dado que Paulo VI no está dispuesto a ir tan lejos en la calificación del marxismo debemos pensar que duda de los hechos pretendidos por su antecesor. Veamos un pasaje de **Quadragesimo Anno**, sobre todo porque es bueno airear tan luengo asunto y darse también una pequeña ducha de historia.

"Una parte del socialismo sufrió un cambio... y dió en el comunismo; enseña y pretende, no oculta y disimuladamente, sino clara, abiertamente y por todos los medios, aún los más violentos, dos cosas: la lucha de clases encarnizada, y la desaparición completa de la propiedad privada. Para conseguirlo, nada hay a lo que no se atreva, ni nada que respete y, una vez conseguido su intento, tan atroz e inhumano se manifiesta, que parece cosa increíble y monstruosa. Nos lo dicen el estrago y la ruina fatal en que ha sumido vastísimas regiones de la Europa Oriental y Asia; y que es enemigo abierto de la Santa Iglesia y del mismo Dios, demasiado, por desgracia, demasiado nos lo han probado los hechos y es de todos bien conocido. Por eso juzgamos superfluo prevenir a los buenos y fieles hijos de la Iglesia contra el carácter impío e injusto del comunismo..." (Pío XI, **Quadragesimo Anno**, 1931).

O si se prefiere avanzar en el tiempo y dar un vistazo a un pasaje más pintoresco:

"¡Hé aquí, Venerables Hermanos, el nuevo presunto Evangelio, que el comunismo bolchevique y ateo anuncia a la humanidad, como mensaje de salud y redención! Un sistema, lleno de errores y sofismas, que contradice



a la razón y a la revelación divina, subversivo del orden social, porque equivale a la destrucción de sus bases fundamentales, desconocedor del verdadero origen, de la naturaleza y del fin del Estado, negador de los derechos de la persona humana, de su dignidad y libertad". (*Divini Redemptoris*, Pío XI, 1937).

También podemos retroceder en el tiempo y repasar la literatura antimarxista del siglo XIX. He aquí cómo habla León XIII de los "socialistas, comunistas o nihilistas, esparcidos por todo el orbe":

"...impugnan el derecho de propiedad sancionado por la ley natural, y por medio del mayor delito, cuando parece que atienden a las necesidades de todos los hombres y a satisfacer sus deseos, trabajan por arrebatarse y hacer común cuanto se ha adquirido a título de legítima herencia, o con el trabajo de ingenio o de las manos, o con la sobriedad de la vida.

"Y estas monstruosas opiniones publican en sus reuniones, persuaden en sus folletos y

EE. UU desdigna los llamados pacifistas del Papa Paulo VI. La foto muestra lo que quedó de la iglesia católica de Kien Trung, distrito de Kin Son, provincia de Ninh Binh, en la República Democrática de Vietnam. El bombardeo costó la vida a 70 feligreses.

esparcen al público en una nube de diarios. Por lo cual la venerable majestad e imperio de los Reyes ha llegado a ser objeto de tan grande odio del pueblo sedicioso, que los sacrilegos traidores, impacientes de todo freno, no una sola vez, en breve tiempo, han vuelto sus armas con impío atrevimiento contra los mismos Príncipes". (*Quod Apostolici Numeris*, León XIII, 1878).

Pero, no voy a seguir esta vía retrógrada; la historia marcha hacia adelante. Sólo los historiadores incurren en este prurito decadente, antiprogresista y pequeño burgués de recorrerla hacia atrás.

La irreversible lucidez

Tales, pues, son las ideas del Vaticano sobre qué hay, qué debe haber y cómo lograrlo. El principio que a tal respecto opera bajo todo un arcaico aparato terminológico, dice más o menos así: Si alguien desea y quiere que una cosa se haga, la cosa está hecha. Hay también otro principio: Decir con mucha vehemencia que tales cosas deben hacerse (sin importar que está a la vista que ni se las quiere hacer ni es posible hacerlas) induce la realización alucinatoria de tales cosas.

Ahora, si el lector quiere tener noticias del "fin último" o "principio primero" de todo esta actividad literaria no es ninguna novedad lo que tiene que escuchar. Se trata, bueno, ¡es tan evidente y de rutina! se trata "del desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres". Porque el Vaticano piensa de un modo serio en estas cosas y no se anda con mesianismos ni utopías. No, el Vaticano es realista y atina con directivas sensatas: "desarrollo integral del hombre y de todos los hombres". Y para este desarrollo integral del hombre es imprescindible la abertura del hombre a Dios porque —como alguien ha probado por ahí— el humanismo que se reduce al hombre es inhumano. Y esto es así porque suena a paradoja. Y las paradojas tienen este efecto ante todo: que usted se queda con la boca abierta; y por ahí, por la boca abierta, se mete la paradoja.

Claro, para esta integración del hombre es necesario "el desarrollo solidario de la humanidad". Sobre todo, porque los tiempos indica que hay que enhebrarlo todo: individualismo y colectivismo, liberalismo y dirigismo, culturalismo y universalismo, humanismo y divinismo, todo, todo tiene que entrar en una misma encíclica donde, al tiempo que se repudian las "ideologías totalitarias", se admite la utilidad del "pluralismo ideológico". Y para este desarrollo solidario de la humanidad debe emprenderse la gran cruzada del deber debemos ser solidarios ayudando a desarrollarse a los subdesarrollados; debemos ser justos sociales equilibrando la relación comercial con los países pobres (ni tan adentro que te quemes, ni tan afuera que te hieles); debemos ir a la caridad universal y construir un mundo mejor donde "todos tengan que dar y recibir, sin que el progreso de los unos sea un obstáculo para el desarrollo de los otros" (por donde se ve que es posible seguir dando menos y recibiendo más); debemos ser generosos, esforzados, sacrificados; debemos, los ricos, comprar más caros los productos importados (no se ría, lector; después de todo, estamos ante un Papa progresista); debemos expatriarnos para ir a obsequiar nuestra ayuda técnica a los pobres; debemos entregar a los pobres lo superfluo, todo lo superfluo, no debe quedar nada que sea superfluo; debemos crear un Fondo Mundial para ayudar a los más desheredados"; debemos colocar las partidas en dólares de modo que "las tasas de interés y la duración de los préstamos sean

soportables para unos y para los otros, equilibrando las ayudas gratuitas (?), los préstamos sin interés, o con un interés mínimo y la duración de las amortizaciones" (extraño ¿verdad?; pero muy realista); debemos frenar la revol... ¡qué estoy diciendo! debemos frenar la "distorción creciente" entre países ricos y países pobres; debemos repudiar la técnica liberalista internacional de los precios libres (Pero ¿no estábamos en el siglo XX?); debemos repudiar el nacionalismo, el racismo, debemos sublimar todo el particularismo en el elemento de la caridad universal; debemos hacer todo esto y muchas cosas más.

Entonces nosotros, marxistas, replicamos. Pero no lo haremos con el obvio argumento de que el mundo marcha justo al revés de la Encíclica. Porque, claro, si contestáramos así, nos dirían los ingenieros de turno que hemos caído en el laicismo burgués decimonónico; justo como al responder ¡Cuatro! cuando nos preguntan ¿Cuanto hacen dos por dos? caeríamos en el arismetismo aristocrático de los esclavistas pitagóricos. Por eso, entonces, replicaremos de manera escolar apoyándonos en la inconsistencia material entre la doctrina del desarrollo y la práctica imperialista contemporánea. Porque está funcionando una máquina de apropiación que separa el desarrollo de la miseria, y ello ocurre así no porque se le haya antojado a alguien muy ingenioso ponerla a funcionar, sino porque la máquina y su funcionamiento son la expresión real y desarrollada hasta el paroxismo de un régimen de apropiación. Y del modo como la máquina funciona no por la voluntad de un señor llamado Perico de los Palotes sino por las leyes colectivas, materialistas y enajenadas de la explotación, así tampoco va a dejar de funcionar porque diga otro señor: ¡Detente, oh máquina! Todo lo cual está pasado y repasado en el alfabeto del marxismo.

Y está reconocido también, no solamente por una contundente exigencia teórica, sino por todos los procesos revolucionarios que exhibe la historia, el principio por el cual no entra en existencia lo nuevo si no emplea para ello el vehículo de la negación. Porque sería absurdo que revolucionaran el régimen de apropiación quienes disfrutaban de sus beneficios; ello es contrario a la lógica, a la historia y a la psicología.

De modo, pues, que es necesario en cada tener como en bosquejo la manera cómo está dividido el mundo entre amos y esclavos. Y, claro, es también nuestro deber emplear toda fuerza que opere en favor nuestro. Porque la política no es poesía. Pero, hay que hacer cuentas; porque sería muy estúpido proceder sin hacerlas. Está, por ejemplo, a la vista de los ojos la exacta coordinación —incluso, al presente, terminológica— entre el Vaticano y el Departamento de Estado; demasiado a la vista de los ojos como para engañar a nadie con meras frases. De modo que importa, y mucho, hacer también las cuentas con uno mismo, ponerse a la altura de las exigencias y razonar en forma despejada. Es un punto de orgullo para el marxismo haber conducido a los trabajadores del mundo a un alto nivel de lucidez; de forma que puede uno decir a los redactores de la "Encíclica para el Progreso de los Pueblos": Ahí tienen el dato fundamental del problema: la lucidez irreversible de los trabajadores.



La niña Tran Thi Dung, mutilada por los bombardeos yanquis a la pacífica aldea de Tahi-Nguyen, en Vietnam. Para el Imperialismo el único lenguaje es el de la violencia.

Las angustias de Paulo VI

SIENTO la santa angustia de las limitaciones de nuestros recursos financieros", confidenció el Papa Paulo VI a los Cardenales, después del último Concilio, cuyo costo totalizó la bonita suma de cuatro mil y medio millones de liras. En el hecho esta "santa angustia" nació a raíz de la ruda batalla fiscal iniciada entonces entre el Estado italiano y el Estado del Vaticano y que progresa hoy día.

El pequeño Partido Radical italiano en efecto, acaba de plantear una queja contra Luigi Pretti, Ministro de Hacienda, y sus antecesores, Martinelli y Tremoloni: los acusa de haber beneficiado al Vaticano con exenciones tributarias ilegales, al liberar sus acciones del pago de un impuesto sobre los dividendos aprobado en 1962, que representaría para el Estado italiano una pérdida neta de varios miles de millones de liras.

EL ESCANDALO

El cotidiano católico francés "La Croix", informó en su número de 19-20 de marzo de 1962, unas "revelaciones desastrosas" hechas sobre el particular por el Ministro de Hacienda italiano. Luigi Pretti precisó, en efecto, en el curso de una intervención en el Senado, que en 1965 el Vaticano había ingresado en sus arcas tres mil 300 millones de liras por concepto de dividendos de sus acciones italianas. "La Croix" no dio más que la suma global. El detalle no es menos elocuente. Del total la Administración de Bienes de la Santa Sede recibió, 40 millones de liras; el Instituto para las Obras de la Religión, 1.849.360.971; la Obra para Propagación de la Fe, 21.810.035; las "Fábricas de San Pedro", 1.323.851; la Administración Especial de la Santa Sede, 1.389.448.564; y el Dinero de San Pedro, 44.000. Se trata de acciones italianas cuya renta es "controlable" y las exenciones habrían permitido al Vaticano eludir el pago, desde 1962, de unos 40 mil millones de liras en impuestos.

El diario italiano "L'Espresso", que ha seguido y relatado todo el negociado, afirma que este es "el más grande escándalo financiero de la historia de Italia". Mucho más todavía si se considera que el Papa en su última Encíclica sobre el progreso de los pueblos, pidió que todos "deben pagar sus impuestos para que los poderes públicos intensifiquen sus esfuerzos para el desarrollo". Pero eso sólo es un detalle. Para entender la verdadera medida del "escándalo" hay que hacer un poco de historia.

En el siglo pasado, la Iglesia poseía en Italia más de 500.000 hectáreas de tierras: los Estados Pontificios que dependían de la autoridad de la Santa Sede. Bruscamente, en 1870, con el nacimiento del Estado Italiano la Iglesia perdió todo. Por lo menos, aparentemente. Hubo que esperar, sin embargo, los acuerdos de Letrán, firmados el 11 de febrero de 1929 por Mussolini y el Cardenal Gasparri para que lo contencioso fuera arreglado. La convención financiera que acompañó los acuerdos dispuso, entonces, además de la restitución de algunos bienes inmobiliarios, el pago de

750 millones de liras en especies, más un paquete de rentas nominales (5% al portador) por un total de mil millones de liras. Liras de esa época, por supuesto, lo que constituía una cartera bastante apreciable.

UN BANCO ULTRA-MODERNO

La Santa Sede convirtió inmediatamente la mayoría de estos dineros en acciones de importantes negocios italianos. En 1942, Pio XII dio un nuevo paso al crear el Instituto para las Obras de la Religión, cuyo objetivo es el de administrar el capital destinado a las congregaciones religiosas, y que se convirtió más tarde, en el Banco del Vaticano. Un banco ultra-moderno, ducho en todas las técnicas y en todas las exigencias de las finanzas de hoy día.

Ahora el Vaticano tiene en cierto modo cuatro "Ministerios de Hacienda": la Administración de Bienes de la Santa Sede; la Administración Especial de la Santa Sede; el Instituto para las Obras de la Religión y la Dirección General de los Servicios Económicos de la Ciudad del Vaticano. Dirigidos por un grupo de cardenales —una "comisión cardenalicia" de varios miembros— emplean además de diez a veinte funcionarios "laicos". Los dos organismos más importantes son la "Administración Especial" y el "Instituto".

UNA CARTA INHALLABLE

Un hombre excepcional, Bernardino Nogara, controló el conjunto de todos estos servicios financieros e hizo producir al máximo los millones de liras en dinero líquido y los mil millones en títulos de renta que el Vaticano recibió de Mussolini. Muy bien dotado, hábil, eficaz, Nogara extendió en dimensión internacional el sistema financiero pontificio. A pesar de su carácter discreto y voluntariamente modesto, integró innumerables consejos de administración en muchos países. Ya en 1948 su nombre aparecía en Italia, en el Banco Comercial Italiano y en el trust químico Montecatini; en Francia, en el Banco Francés e Italiano para la América del Sur y en la sociedad privada de Explotación Inmobiliaria; en Luxemburgo, en el Grupo Financiero luxemburgués; en Suiza, en el Banco Suizo Italiano, en el "holding" Justa, en la SAGEP y en doce sociedades inmobiliarias. Bernardino Nogara murió en 1958 pero gracias a su genio, la Iglesia Oficial, aunque ocultamente entró de lleno en el capitalismo financiero. La fortuna del Vaticano creció discreta, eficaz y secretamente. Sin embargo, en 1962, el negocio tomó un giro nuevo.

El primer gobierno italiano de centro-izquierda, al asumir el poder hizo modificar la ley sobre el impuesto de los valores mobiliarios y aplicó una tasa del 15 al 30% a los grandes paquetes bursátiles. El Vaticano, que quería quedar exento, tomó como pretexto los acuerdos de Letrán. Parece, sin embargo, que a comienzos de 1963, alcanzó a pagar 500 millones de liras al Fisco italiano. Pero después invocó otro pretexto: la organización costosa del Concilio (aunque todos sabían que los Episcopados locales, especialmente los nortea-

mericanos, habían cubierto una buena parte de los gastos).

El gobierno demócratacristiano que subió al poder en 1963 no fue más que un Gobierno de transición: esperaba una decisión del congreso del Partido Socialista para que este participara con él en el poder. Las conversaciones secretas, detenidas por el momento, se reanudaron entre la Santa Sede y el gobierno. El Vaticano quería que se anulara la ley que aumentaba la tasa sobre los valores mobiliarios o que se hiciera una excepción para sus acciones. Todo hace suponer que sus argumentos fueron convincentes. El 11 de octubre de 1963, poco antes de la dimisión del gobierno de transición, el embajador de Italia ante la Santa Sede, hizo llegar al Cardenal Amleto Cicognani, Secretario de Estado, una carta favorable a las tesis vaticanas. Se rumoreó además, que una circular confidencial había sido dirigida por el Ministro de Hacienda a las sociedades en que el Vaticano era accionista. En ella se estipulaba que sus dividendos podían estar exentos de impuestos. Por fin, el 13 de noviembre de 1963, ocho días después de la dimisión del gobierno, Martinelli, Ministro de Hacienda, demócratacristiano, envió una letra firmada de su mano a la Dirección de Impuestos, donde escribió explícitamente: "Según el cambio de notas y a la espera de su aprobación formal, suspenda el descuento sobre los dividendos que pertenecen a la Santa Sede".

"L'Espresso", que cita la carta, precisa que ha sido prácticamente imposible encontrarla, y que ella es buscada arduamente por los historiadores de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, los magistrados y el procurador de la República. Cuando el jefe socialista Nenni, fue puesto al tanto de esta situación dijo que se trataba de un acto de bandidaje, agregando que no se podía permitir que se congelara el salario de los trabajadores y al mismo tiempo se hiciera un regalo de decenas de miles de millones al Vaticano.

ARMAS PARA MAO TSE TUNG

La Santa Sede presionó al gobierno y lo amenazó, entre otras cosas, con hacer bajar la Bolsa italiana lanzando bruscamente al mercado algunas decenas de millones de acciones. Y parece que la amenaza se concretó en un comienzo. Según algunos expertos financieros, la baja del 40% que tuvo la Bolsa italiana en el verano de 1964, se originó así.

Claro que todo pasó de manera muy velada. Se intercambiaron notas casi oficiales, pero estrictamente confidenciales. La opinión pública no estuvo al corriente de nada, hasta que, en febrero de 1965, un diputado socialista, Luigi Anderlini, encendió la pólvora revelando públicamente en la Cámara todo el "negociado". Fue el escándalo.

En esto hay dos evidencias que se imponen antes que nada: las finanzas del Vaticano son tan misteriosas como fabulosas. Veamos el misterio. En Roma a los altos dignatarios del Vaticano se les halla fácilmente en la ciudad; los únicos que son inubicables siempre son los responsables de las finanzas. El Vaticano no hace producir su oro en una casa de vidrio. Es el único Estado, el único gobierno del mundo que no publica ningún presupuesto, ningún balance. Es la única gran empresa capitalista, el único banco de importancia mundial, que no tiene control alguno de parte de sus accionistas; que no debe cumplir ninguna orden de

los consejos de administración. Lo cual le proporciona a veces algunas sorpresas.

Un diario romano reveló recientemente que el Vaticano tenía una importante participación en una fábrica danesa de productos anticoncepcionales; la Santa Sede que no "desmiente jamás" esta vez se vio obligada a hacerlo. El Papa quedó igualmente estupefacto cuando supo que el Vaticano era influyente accionista de una fábrica de armas que aprovisionaba especialmente a las tropas de Mao Tse Tung.

EL MAYOR ACCIONISTA

Estas sorpresas son inevitables. Primero en razón del secreto que cubre los negocios vaticanos; luego en razón de su enormidad. Y aquí viene lo fabuloso. En 1957, un diario económico francés bastante serio, "Les Echos" evaluaba las reservas de oro del Vaticano en mil millones de dólares. Con esta suma depositada en el Federal Reserve Bank de Washington —lo que es un privilegio excepcional— el Vaticano ocuparía el segundo lugar mundial en el mercado del oro. El "Time" ha señalado igualmente que el Vaticano posee un patrimonio de alrededor de quince mil millones en dólares y unos mil millones de liras en títulos de sociedades italianas, o sea, alrededor del 15% de las acciones cotizadas en la Bolsa italiana. Pero el artículo que hizo más impacto —especialmente en el Vaticano— fue el que publicó, el 27 de marzo de 1965, el "Economicist": se especificaba en él, que el Papa, con una cartera que representaba cerca de dos mil millones de libras esterlinas, es el accionista más grande del mundo.

Los cuatro grupos financieros preferidos por el Vaticano son, en Italia, el Banco di Santo Spirito, el Banco de Roma, la Sociedad General Inmobiliaria y la SOGENE. A la cabeza de cada una de ellas se encuentran personalidades que están en relación estrecha con el Vaticano, miembros de la familia Pacelli, por ejemplo, (la familia de Pío XII) u hombres como Vittorino Veronese, que fue un gran auditor laico del último Concilio. En el extranjero hay participaciones financieras vaticanas en el Banco Morgan (Nueva York), en el Hambros (Londres), en la Unión de Bancos Suizos y en el Banco Francés-Italiano para América del Sur, que parece ser el núcleo de ciertos "trust" financieros.

Por otra parte el Vaticano está representado en la industria y en el comercio, tanto en Italia como en el resto del mundo, el mundo occidental por supuesto. Ferrocarriles italianos, compañía de electricidad, pastas Pantonella, compañías de seguros, hoteleras, compañía de aviación, automóviles, turismo (incluso el casino de San Remo), teléfonos, productos químicos Montecatini, empresas de radio y también inmuebles. En París, por ejemplo, el Vaticano es dueño de un gran número de edificios en la Avenida Presidente Wilson y en la calle de la Universidad; en Tokio tiene fortunas invertidas en las fábricas de bicicletas y en las fotografías, y en Buenos Aires más inmuebles y poderosos paquetes de acciones en el transporte.

¿Cómo la Iglesia puede conciliar ciertas exigencias evangélicas de pobreza con esta riqueza inconmesurable, en estrecha y perpetua colusión con el capitalismo, que el Vaticano condena a veces? Mirada así, la "santa angustia" del Papa pareciera no tener razón de ser.

(De un artículo de "Le Nouvel Observateur").